



## CRISTO REINA

---

Bienaventurados los mansos,  
porque ellos poseerán la tierra.

### I

**P**RESIDIDO por algunas bocanadas de humo negruzco y pestilente, llegó el tren á la estación pobre y recién construida, al tiempo que el empleado decía en voz alta el nombre del pueblecillo que se divisaba como á media legua, y anunciaba un minuto de parada á los viajeros.

La portezuela de un coche de primera abrióse perezosamente, cual si la persona que debía bajar ignorara la premura del tiempo, ó se le diera

sobrado al monstruo para reanudar su interrumpida marcha, arrastrándole lejos de allí donde le apeaba su voluntad, pero no su gusto; puesto que á las veces suele acontecer en determinadas circunstancias de la vida, que el hombre quiere y no quiere á un mismo tiempo.

Pero sin duda que los momentos se le hicieron elásticos á nuestro viajero, pues tuvo lugar de dar dos ó tres vueltas por el coche, guardar despaciosamente su gorra de viaje y el tomo de las Obras de Espronceda que había estado leyendo durante el camino; tiró luego de la maleta y puso el pie en el andén en el preciso momento en que la locomotora partía echando demonios y arrasando el conyoy con tanta furia, como si hubiese cobrado alas al desprenderse del viajero, quien mirándola tristemente partir parecía decir en su interior con fatalidad musulmana:

Estaría escrito.

Tenía nuestro hombre todo el aspecto de un gran señor: mucho de

disipado y bastante de aburrido; era joven, pocos más de 30 años; buen tipo, traje irreprochablemente elegante, maneras distinguidas, aire aristocrático, y bajo la lucida y vistosa corteza, algo triste y desolador, una llaga del alma, un dolor vago y oculto á todos los que le trataban y conocían, y aun á él mismo, como sucede con ciertas enfermedades físicas, cuyo germen llevamos sin comprenderlo y cuyo alarmante desarrollo apenas sentimos, si no es en cierto inexplicable malestar que solemos atribuir á causas fútiles y pasajeras.

—¿Quiere el señorito que le lleve la maleta al pueblo? dijo el mozo, que parecía ser la única alma viviente que discurría por aquellos páramos de soledad.

—¿Y no podría encontrarse por aquí una mala cabalgadura? preguntó el viajero con visibles muestras de mal humor.

El zagalón fijó sus ojazos azorados y esquivos como si hubiese dicho un despropósito.

Y lo sería sin duda, porque allí no se veía más que la estación escueta y mísera en una llanura árida y polvorienta.

Comprendiólo así nuestro viajero, y alargándole la maleta, díjole que le sirviera de guía.

—Allí nos plantamos en un periquete, respondió el mozo echando á andar, animado con la esperanza de una buena propina.

Siguióle el señorón de mala gana, y bien se echaba de ver que sus pies más estaban habituados á descansar sobre la alfombra del coche que á trepar por los altibajos de aquel endiablado sendero.

—No corras tanto, animal, no corras, que no voy á cobrar ninguna lotería, gritóle el señorón, acompañando estas palabras con otras harto menos cultas que el exterior de su persona.

El muchacho cortó el paso medio temblando.

—Dí tú, preguntó aquel, ¿una vez en el pueblo tardaremos mucho en llegar á la calle de San Cristóbal?

Está á la misma entrada. ¿Va el señorito á esa calle, aunque sea indiscreción....

—Sí, voy á la casa de la viuda del escribano Santaella. ¿Sabes tú?

—No conozco otra cosa; bendito sea Dios! que se ha caído la pobre señora como horno de cal desde que se le murió el que le ganaba el pan, y en cuya compañía estaba como la propia rosa, mientras que ahora con cuatro hijos y cuatrocientos trabajos para llenarles la tripa....

—Pero algo le habrá quedado, alguna poca de hacienda....

—Unas tierrecillas que es menester gastarse con ellas más de lo que producen; y luego, como los señoritos no son como nosotros, que nos pasamos el día con un plato de gazofia ó con sólo un zoquete de pan, si otra cosa no se encuentra....

En estas ó parecidas pláticas habían entrado en el extenso lugarón, no sin notoria curiosidad de sus habitantes, que á la dudosa luz del ocaso salían á ver al forastero tan guapo y tan bien puesto.

—¡El Señor me tenga de su mano—saltó una viejecilla al mirarle—pensé que el escribano había resucitado de entre los muertos!

El forastero debió oír estas palabras, por cuanto una triste sonrisa dilató las comisuras de su boca.

—Aquí es, dijo el guía á los pocos pasos.

Y señalaba un caserón viejo y destartalado.

—Llama, ordenó el forastero.

Se sintieron unos pasos menudos y breves, sonó el picaporte y la puerta giró pausadamente, impulsada por una preciosa niña, que parecía el ángel protector de aquella pobre pero santa casa.

Pero el ángel se asustó con la presencia del forastero, y exhalando un ligero grito se alejó á lo largo de los corredores.

—Entremos, dijo aquel con manifiesta impaciencia.

—Sí señor, respondió el mozo, yo le enseñaré el camino para encontrar á la señora.

Después de atravesar varios co-

rredores largos y sombríos, entraron en el comedor, al tiempo que aquella, avisada por su hija, salía á recibirles.

Era por demás interesante y simpática la desgraciada viuda, en cuyo rostro se descubrían restos de una hermosura que habían ajado y destruido las penas. Avanzó risueña y animosa, relegando su dolor en el fondo del alma, sin sollozos, sin lágrimas en las serenas pupilas, pero al fijarlas en las facciones del forastero, se dilataron un punto con goce subidísimo, y luego quedaron azoradas y hoscas, hasta que la infeliz cayó desplomada sobre el pavimento.

—¡Cuánto le amaba! murmuró él con envidia y amargura.

—Y como viese á cuatro preciosos niños que se precipitaban á socorrer á su madre, añadió con el mismo tono:

—¡Y le dió hijos! hijos buenos y hermosos que debieron formar sus delicias en este mundo!

Las lágrimas y caricias de los ni-

ños volvieron en su acuerdo á la viuda, quien incorporándose hasta dejarse caer en una butaca, díjoles con apagada voz:

—Hijos míos, id á saludar á vuestro tío Eugenio.

Y añadió mirándole con honda tristeza:

—¿Cómo te pareces! Cuando te ví la última vez eras un niño; hoy eres tal como era él el día que nos casamos.

Y rompió en amargo lloro.

—Valor, Eloisa, valor, dijo el forastero; es indudable que ha de ser muy triste la separación eterna de dos que bien se aman, pero nuestro pobre Jacobo ha podido llevarse al sepulcro quince años de paz y felicidad que tú le diste.

Y añadió en voz baja y mientras despedía al mozo con una moneda:

—No á todos cabrá tanta suerte.

—Mi papá está en el cielo, contes-  
tó la chiquitina que apenas conta-  
ría cuatro años, y todas las noches  
le pedimos á Dios y á la Virgen que  
lo tenga en su santa gloria, y nos ha-

ga buenos para que podamos reunir-  
nos á él y no separarnos nunca.

Eugenio escuchóla con la sonrisa  
en los labios, y sentándola sobre sus  
rodillas, preguntóle:

—¿Cómo te llamas, hermosa mía?

—Gloria me llamo, para servir á  
Dios, á mamá y á tito Eugenio.

Este la estrechó sobre su cora-  
zón.

En la gran ciudad donde vivía, las  
niñas no respondían así; decían su  
nombre á secas porque lo demás hu-  
biera parecido ridículo y ordinario.  
Pero allí, en el apartado lugar, en  
el caserón solariego de la sencilla y  
amante serrana que fué la cristiana  
y virtuosa compañera de su herma-  
no difunto, se respiraba otra atmós-  
fera, era aquel otro mundo; y las pa-  
labras de la niña conmovieron dul-  
cemente su corazón, porque le lleva-  
ron efluvios de paz, de inocencia y  
cariño.

Pero María, la hermosa esquiva  
que había huido al divisarle, sintióse  
avergonzada con el ejemplo de su her-  
mana menor, y sacando fuerzas de

flaqueza, acercóse á su tío diciendo :

—Tito Eugenio, ¿vas á ver el altar que tenemos? Está en la alcoba en que murió papá y en el mismo lugar donde estuvo en cama. Allí nos lleva mamá á rezar por él, por los abuelitos, para que el Señor los lleve á todos al cielo; y por ti también rezamos y por tita Carmen, para que os dé mucha salud y os haga muy dichosos; yo no te había visto, pero ya te quería porque eres mi tito; pero ahora que te conozco, te quiero más y he de rezar por ti con más devoción y más gusto.

Eugenio embelesado la atrajo á sí cariñosamente.

Entonces Jorge, el menor de los dos varones, pensó que era llegada su vez de agasajar al huésped; pero los niños por lo general son menos expresivos y zalameros que las niñas, y después de haber revuelto su magín de seis años sobre qué le diría, acercósele no sin alguna timidez, y con algo de exabrupto, como quien quiere salir pronto del atolladero, exclamó:

—Y yo, tito Eugenio, y yo.... también te quiero mucho.

—Bien, hombre, bien, dijo el aludido con una franca carcajada, reuniendo en un grupo que ciñó con sus brazos á aquellos tres ángeles que le cantaban el coro del amor, puro, inocente y cristiano, para él harto desconocido.

Pero el coro no estaba completo, faltaba el mayor, Luciano, á quien la pena del bien pasado que le recordaba tan al vivo la semejanza del recién venido con su padre, y la inquietud y tristeza del porvenir, habían embargado la palabra hasta entonces.

Luciano contaba poco más de doce años, era hermoso é inteligente, y su carácter comedido y juicioso de suyo, habíase tornado grave y reflexivo desde la terrible desgracia que pesaba sobre la familia, comprendiendo que á él correspondía, tan luego como se lo permitiesen sus fuerzas, llenar en parte aquel vacío triste y doloroso, siendo el apoyo de su madre y el sostén y el amparo

de los pequeños. El amable niño había sido el orgullo y la esperanza del honrado escribano, quien todo le parecía poco para su primogénito, y el consuelo de la triste viuda, la cual aun de éste iba á verse privada bien pronto.

—Muchas gracias le debo á Dios, querido tío, dijo con conmovido acento, por ese viaje que ha tenido vd. que emprender con ocasión de su nuevo cargo, pues ha sido causa de que pasando por este lugar, se acordara de venir unos días con nosotros ; cuántos deseos teníamos de conocerle! mi papá, que Dios tenga en su santa gloria, nos hablaba tanto de vd.!

—Y yo también os tenía á todos en la memoria, dijo Eugenio dejando de acariciar á los niños para dirigirse á la madre.

Ojalá, continuó, que pudiera hacer por los hijos y la viuda de mi pobre hermano todo aquello que anhela mi voluntad, pero bien sabes que aun cuando tengo alto rango y posición desahogada, todo es de mi

mujer; y que ínterin viva su madre, ésta ha de ser la dueña y administradora de todos los bienes; las suegras, además de cócoras, son despotas y desconfiadas; pero en determinadas ocasiones no hay otro remedio que sufrirlas. Por mi parte no poseo más que algunos pocos miles de duros que he sabido agenciarme y que he menester para no pedirle á mamá suegra para fumar y otras menudencias, porque lo que es mi nuevo cargo de tesorero de «La amiga del proletario,» más es de honor y responsabilidad que de provecho. Por todo lo cual, ratificando lo que decía en la carta que te anunció mi llegada, tengo decidido llevarme á Luciano hasta que más adelante pueda hacerme cargo de todos. A mi lado seguirá una carrera corta, pero productiva, de modo que te lo encuentres pronto hecho un hombre.

—Dios te lo premie, Eugenio y te lo premiará; se lo pediremos todos con tantas veras, que no podremos menos que obligarle, dijo Eloisa es-

forzándose en contener sus sollozos.

Y añadió tímidamente:

—Cuánto sentiría que Luciano pudiera molestaros.

—Confío que no, estoy seguro, será un niño prudente y sufrido, y digo esto, porque si bien es verdad que Carmen no se meterá con él para nada, mamá suegra suele ser impertinente y gruñona; chochees de la edad sin duda.

—Yo quiero mucho á las viejecitas y sé llevarles el genio, de modo que espero que hemos de ser muy buenos amigos, dijo Luciano.

—¡Hum! murmuró Eugenio con tono de incredulidad manifiesta.

—¿Pero no vienes á ver el altar, tito Eugenio? intervino María cansada ya de asistir á conversación tan formal.

—Vamos, vamos á ver vuestro altar, dijo levantándose muy contento de dar al olvido á su mamá suegra.

Atravesaron una sala y un gabinete, entrando en la alcoba convertida en oratorio.

Allí había espirado su hermano.

De la cama de palo santo se construyó el altar, la toalla era la misma que sirvió para administrarle el santo Viático, y de la colcha de damasco encarnado se habían hecho el dosel y las colgaduras. En el centro una imagen de talla, como de tres cuartas de alto, representaba á Jesús Rey, sentado en su trono, ceñida la frente por la imperial corona y el cetro en la mano.

En cuanto entraron, corrieron los cuatro niños á prosternarse ante la imagen bendita, y uniendo sus manos é inclinando sus cabecitas, exclamaron en coro:

«La fe que en el bautismo,  
Dios, te juré,  
Quiero guardarte siempre,  
Jesús mi Rey.»

Y en seguida recitaron el Credo. Eugenio entretanto fué á besar el altar, la toalla y las colgaduras.

Sabía que aquellos objetos habían pertenecido á su hermano, que ha-

bían estado en inmediato contacto con el moribundo, que debieron impregnarse de sus postreros suspiros que él no pudo recoger. Jacobo era mucho mayor, y por haber quedado huérfano, le había hecho de padre, enseñándole á ser bueno y honrado, á estudiar y orar.

Eugenio recordaba todo eso, pero ni se doblaba su rodilla, ni acudía á sus labios la plegaria por el difunto. Estaba de pie, con el codo apoyado en la mesa del altar y la frente en la palma de la mano, en actitud más meditabunda que reverente.

A sus pies se elevaba un coro bellísimo. El símbolo de la fe dicho por boca de cuatro ángeles.

—Tú no has rezado el Credo, tito Eugenio, dijo la donosa María tirándole suavemente de la ropa.

—Mi Credo no es como el vuestro, respondió él con triste sonrisa.

—¿Que no es como el nuestro? repitió la niña con el mayor estupor. ¿Cómo es entonces, puesto que no hay más que uno?

—El vuestro es más tierno, más

bello, más consolador, el mío es muy corto.

—Pues enséñanoslo como quiera que sea, dijo Jorge acercándosele, llevando de la mano á la chiquitina; á mí me gusta saber muchas oraciones.

—Sí, sí, enséñanoslo, insistió María.

—Creo en un solo Dios todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Y nada más.

—¡Ah, es que no lo sabes! saltó María.

—Dí: en Jesucristo su único Hijo, apuntó Jorge.

—No, yo no puedo decir eso, respondió Eugenio con dejo amargo.

—¿Que no puedes? pues á fe que no es nada enrevesado, advirtió María.—Ve diciendo conmigo: en Jesucristo....

—Vamos, vamos, allí fuera, que os voy á hacer un juego de manos muy bonito, dijo Eugenio, saliendo del aposento con los tres niños en pos de sí.

Apenas hubo traspuesto sus um-

brales, corrió Eloisa pálida y temblorosa al lado del mayor de sus hijos que permanecía arrodillado, y estrechándolo como la leona á su cachorrillo cuando teme que se lo arrebaten, gritó:

—¡No te irás con tu tío!

Luciano levantó hacia ella su frente blanca y tersa como el cristal, y le fijó sus pupilas profundas y brillantes en las cuales se reflejaba toda su alma; nunca le había visto tan hermoso.

—No te irás, repitió la madre, aunque te quedés sin carrera y sin porvenir, aunque haya de verte perecer de miseria y hambre á mi presencia.

El niño sonrió con inefable dulzura, extendió su diestra hacia la bendita imagen, exclamando con suave pero firme voz:

—Mira cuán poderoso es; Él está conmigo, ¿qué teméis?

—Que te arrebaten la fe que vale más que el saber, más que el oro, más que la vida.

—¿Y por qué no he de ser yo quien

lo arranque de su error? ¿Ha de tener menos preponderancia el bien que el mal por ventura? Los enfermos son quienes necesitan los cuidados y asistencia de los sanos; el ciego há menester del ojo del que ve; es de menguados y cobardes dejar á un hermano al borde del abismo y no interponer sus pocas ó muchas fuerzas para salvarle.

—¡Pobre hijo mío, y cuán desigual había de ser la lucha! Tu tío es hombre, fuerte, hábil, astuto, poderoso tal vez; tú, un pobre niño, cándido é inocente.

—Pero Él está conmigo, repitió señalando la imagen de Jesús. ¿Quién podrá vencerme? Él es mi Rey y Señor, y me ha dado su escudo y su estandarte. Ojalá que pudiera pasearle triunfante de uno al otro extremo de la tierra; pero cuando menos ondeará victorioso donde quiera asiente mi planta, y los demonios huirán á los abismos vencidos y confusos al leer su lema glorioso y bendito: ¡Cristo reina!



## II

CUATRO días pasó Eugenio de Santaella en el vetusto caserón, cuatro días que trascurrieron como un soplo. Y no obstante, la mansión era triste de suyo, y albergaba además el dolor de la muerte y la fatiga de la escasez; pero había paz, inocencia y amor; sí, mucho amor y muchas esperanzas. Parecía una de esas noches apacibles y melancólicas con trinos de aves y rumor de brisas, y vívidas y fulgurantes constelaciones. Allí el muerto no estaba muerto, sino más vivo que antes; la esposa y los hijos le enviaban sufragios como le prodigaron cuidados y caricias; en muerte como en vida le hacían dichoso, y seguían viviendo por él y para él. ¡Oh, así bien se podía morir! así bien se podía ver partir á los seres queridos

sin desesperarse. Paasdo el primer ímpetu de la Naturaleza que rindió sus fuerzas al dolor, triunfando de la voluntad al ver al hermano del amado compañero de su vida, ¡cuán dulce y cristiana era la resignación de la viuda! Pobre, enferma, sin comodidades y sin fuerzas para atender á todo el trabajo de la casa y los niños, que estaban única y exclusivamente á su cargo! Los manjares que ofrecía á su huésped eran vulgares y nada variados por cierto: el prosaico cocido al medio día y la plebeya tortilla con ensalada por las noches; pero qué ricos le sabían, y con qué gentil apetito los devoraba, sazonados por la alegre y melosa charla de los niños, por las discretas razones de Luciano y la dulzura evangélica de Eloisa.

— ¡Por vida de Belcebú! solía decir al verse tan bien hallado en aquella vida tan ajena á la que le era propia y tan lejos de sus comodidades y placeres, que si yo creyera en hechicerías asegurara que este caserón estaba encantado.

Y entre tanto decía Luciano á su madre:

¿Lo ves, mamá, cómo es afable y bueno? ¿No sería una lástima dejarle perecer en su error y que se perdiera un alma tan hermosa que, por otra parte, es la del hermano de mi padre?

Y Eloisa inclinaba la frente con menos pesar y menos temores. No preguntó á su hijo de qué medios pensaba valerse para atraerle á la verdad, porque estaba segura que él tampoco lo sabía.

Aunque oscura montañesa, tenía suficiente buen criterio para comprender que la virtud sobrenatural de la fe no se adquiere por doctos discursos; así que ningún cuidado le daba la poquedad é ignorancia del tierno apóstol. Convencida de que nada puede el hombre sin la gracia divina, estábalo asimismo de que no se necesitaba otra cosa sino que la tierra árida y endurecida se abonara y humedeciera para que en ella fructificara la bendita y milagrosa simiente que Dios llueve

sobre los hombres con mano pródiga.

¿Habría el cielo dispuesto que su hijo fuese quien regara aquel campo estéril y nocivo con sus lágrimas, con su propia sangre tal vez, para que rindiera frutos de vida?

Su corazón de madre se desgarraba á esta consideración, pero pensaba en María ofreciendo su divino Hijo en holocausto por los pecados de los hombres, y segura de que no desampararía al suyo, sino que eficazmente había de cooperar á su generosa empresa, dejóle partir con harta pena, pero sin desconfianza ni sobresalto.

Serían las seis de la mañana, hora próxima á la en que el tren debía llegar á la estación, cuando en compañía de su tío, y precedido de un mozo que llevaba un pequeño baúl con su equipo y la maleta de Eugenio, salió por la primera vez de aquel bendito hogar donde tan querida, tan apacible y dichosa había transcurrido su existencia.

Eugenio, tal vez efecto de haber

tenido que dejar el lecho á hora para él tan desusada, ó por otra causa de esas que el hombre mismo no acierta á darse cuenta, lo cierto es que sentía vago malestar, sin que la perspectiva de abrazar á su familia aquella misma noche, fuese parte á alegrarle y entretenerle.

Salió del viejo caserón solariego y volvióse á mirarle, como pudiera hacer el pobre marinó que va á engolfarse en las borrascosas y turbulentas olas del Océano, con la isla afortunada que por breve espacio le ha ofrecido dulce paz y protector asilo. Entonces sus ojos se fijaron en el antiguo blasón cuarteado y borroso por los años, que decoraba el alto portalón, y en el cual no se había fijado cuando llegó á la vivienda de su cuñada. Eugenio, que ni era noble, ni tenía más que ligeras nociones de heráldica, no se hubiera curado de mirar el escudo con la atención que lo hizo, si no descubriera grabado en uno de sus cuarteles con bastante posterioridad por lo visto al tiempo en que aquel se

construyó, este sencillo mote: «Cristo reina.»

En aquel punto, por una de esas contradicciones que suelen hallarse en los impíos más obcecados, lízose claro y patente á los ojos de su extraviada inteligencia en qué consistía el encanto del pobre y desmantelado caserón, donde tan dulce y sosegadamente se habían sucedido para él aquellos cuatro días.

Sí,—pensó con esa amargura honda y desgarradora que encierra en sí la impotencia del mal á la par que la nostalgia y la envidia del bien,— el reinado de Cristo es paz y amor; pero ese bello é inasequible ideal está reñido con el mundo, es contrario á su modo de ser; y sólo aquellos que como mi hermano se resignan á vivir oscuros en un apartado lugarón, amarrados al yunque del trabajo como bestias, y toman por mujer á una pobre é ignorante montañesa, llegan á realizarle.

Minutos después subían al tren.

Luciano hizo sobre su frente la señal de la cruz, cosa que su tío miró

con manifiesto disgusto, é iba á reprenderle y aun prohibirle la acción que graduaba de inconveniente y ridícula; pero advirtiéndole que con ojos henchidos de lágrimas miraba el pueblo que se perdía á lo lejos, pensó:

—Dejémosle: ¿para qué he de molestarme en educarle, cuando lo harán á maravilla Carmen y mamá suegra?

Doce horas después llegaban á casa.

Esta era muy pequeña comparada con el antiguo caserón del lugar; estaba verdaderamente atestada de alfombras, cortinas, mamparas, muebles ricos y hasta con estufas en las habitaciones, á pesar de haber entrado la primavera; y no obstante, Luciano sintió frío al llegar allí.

Pensó que su tía Carmen saldría á recibir á su marido; pero cuando éste preguntó por ella, el criado le dijo que se hallaba en su gabinete.

Al entrar en él Luciano quedó deslumbrado. Cuán atrás dejaba

aquel lujo y magnificencia al de la parroquia de su lugar en la fiesta de la Inmaculada Virgen que era su Patrona, y que él había mirado siempre como la suma y complemento de todo lo más rico y virtuoso que darse puede. Pero pasada la primera impresión, qué inútil le pareció todo aquello! Y qué frío se sentía allí! mucho más que en toda la casa.

Perezosamente recostada en una butaca, hallábase una joven pálida y nerviosa; era muy bella, muy distinguida y vestía con extrema elegancia; pero Luciano, el pobre lugareño, descubrió en ella la ausencia de un algo que no acertó á definir: ésta era su tía Carmen.

Al ver á su marido arrojó sobre el tocador una novela francesa que estaba hojeando; y tendiéndole la mano, díjole como si quisiera sonreír:

—Bien venido.

En seguida clavó en Luciano sus ojos con insolente curiosidad; le midió con la vista de arriba abajo;

y dirigiéndose á su marido añadió:

—¿Es éste el regalo que me traes? tiene facha de potro cerril con cara de palomino atontado.

Carmen no estaba sola en su habitación. Acurrucada en el sofá se veía una vieja llena de perifollos, de repulsivo porte y desapacible gesto. Vestía una lujosa bata de terciopelo azul toda llena de manchas y lamparones, y arrullaba en su regazo dos gatazos de Angola, blanco el uno y atigrado el otro; ésta era la famosa suegra de Eugenio.

Fijó sus ojillos grises y redondos en el pobre Luciano, y le ordenó acercarse con un gesto.

El niño obedeció al instante.

—¿Ves tú estos hermosos animalitos? díjole levantando un dedo amenazador, pues mucho más que de caerte en el pozo, te has de guardar de llegarte á ellos; como les hagas el menor daño, haz cuenta que te ha caído la lotería.

—Yo no hago daño nunca, y quiero mucho á los animalitos de Dios, respondió Luciano con angelical

dulzura al tiempo que pasaba su mano por el lomo de los mininos.

Pero estos debían ser de tan desapacible condición como su ama, porque el uno le hizo fú y el otro le hincó en la mano la acerada uña.

—Te está muy bien empleado, me alegro; con eso aprenderás á no ser atrevido,—dijo la vieja.

Y añadió enfureciéndose y manoteando con gesto conminador:

—Con un antejo de larga vista, con un antejo de larga vista, estás tú? tienes que mirar á mis gatos.

—Vamos á comer que traemos hambre, dijo Eugenio, á quien las cosas de su amable suegra parecían molestar mucho más desde que había respirado la bendita paz de la casa de Eloisa.

Pasaron al comedor.

—A ver cómo comes limpio y bien, y no porque no tengas edad para ello; pero como en los pueblos os criáis como los animales . . . . díjole Doña Prisca, que parecía haber formado propósito de no dejar respirar al pobre niño.

—Si me llegas á echar una mancha en el mantel, verás! no vuelves á poner los pies en el comedor y comerás en la cocina ó en el corral con los perros.

—Ya tendré cuidado, mucho cuidado, respondió el niño con humildad afable.

En seguida hizo sobre su frente la señal de la cruz.

Una careajada de Carmen le dejó inmóvil, con el brazo en alto y los ojos azorados y fijos en su tía.

—¿Te has creído que estamos en misa? preguntóle sin dejar de reir.

—No señora, pero vamos á comer, respondió con la mayor naturalidad.

—Cosas de pueblo, dijo Eugenio sirviéndose del primer plato.

—Pues es necesario que las olvide: cualquier día tendremos convidados, y no quiero sean testigos de semejantes ridiculeces; podrían muy bien figurarse que nosotros le damos una educación viciosa, haciéndosele hipócrita y mojigato.

Luciano entretanto invocaba las bendiciones del cielo, para los man-

jares que iban á recibir, y las luces del Espíritu Santo para aquella familia tan mísera, tan desdichada, en medio de su esplendor y opulencia.

Carmen todo lo encontraba detestable y juntamente con Doña Prisca, reprendía ásperamente al criado por imaginarias torpezas. Dos veces mandaron llamar á la cocinera para reñirla de manera harto inconveniente.

Luciano apenas probaba los manjares.

—¿No tienes apetito? preguntóle su tío.

—Como estará acostumbrado al bodrio de su casa, ó acaso á comer las bellotas bajo la encina, se le atragantan los buenos bocados, dijo la vieja.

—Tendrá sueño y vendrá cansado, objetó Eugenio, á quien tampoco sabía bien la comida á pesar de las aperitivos y salsas de que estaba cubierta la mesa; pero faltaba la salsa de la paz y la fraternidad cristianas, aderezado con la cual,

tan rico sabía el modesto cocido en casa de su cuñada.

—En cuanto comamos le llevo á la cama,—respondió Doña Prisca, que parecía no querer dejar á sol ni á sombra al pobre Luciano.

Y así lo hizo, quejándose y do-  
liéndose de la nueva carga que le  
había caído encima.

Aun cuando la habitación no po-  
día compararse en sus dimensiones  
con el inmenso y destartado case-  
rón del lugar, era sobrado espacio-  
sa, toda ella se iba en salas y gabi-  
netes, para usos supérfluos la ma-  
yor parte, y para cuarto del pobre  
niño no quedó más que un hueco  
sin luz ni aire que semejaba un ni-  
cho; apenas cabía encajonado el  
menguado catre, á los pies la mesi-  
lla de noche, quedando tan poco  
trecho para el baúl, que no podía  
abrirse sin sacarlo fuera.

Si bien en la casa había sobra de  
lujosos candelabros, debía faltar  
una mala palmatoria, porque Doña  
Prisca colocó sobre la mesilla un ca-  
bo de vela, mientras refunfuñaba:

—Desnúdate luego y sin gastar  
ceremonias; antes de dos minutos  
vengo por la luz, que no te quiero  
fiar, no sea que pongas fuego á la  
casa.

—Puede vd. llevársela desde lue-  
go, yo me desnudaré á oscuras, di-  
jo Luciano.

Cuando se encontró solo sentóse en  
el borde de la cama, desabotonó su  
chalequito y sacó de su pecho los es-  
capularios del sagrado Corazón de  
Jesús y de la Virgen del Carmen; es-  
trechólos con verdadero frenesí con-  
tra sus labios y entabló con ellos un  
coloquio tan tierno, tan dulce y en-  
cantador, que los ángeles debieron  
suspender un momento sus cánticos  
para oírle. Después se siguieron las  
peticiones, pidió por su madre, por  
sus hermanos, por las almas del pur-  
gatorio, por los moribundos, por los  
que están en pecado mortal, por los  
pobrecitos herejes y al fin pidió pa-  
ra sí. ¿Y qué pidió? Fuerzas para  
sufrir los trabajos, las humillacio-  
nes que harto comprendía le espe-  
raban, y derramar su sangre hasta